

# Salvajes

(del día después)



QUITO-ECUADOR

*Salvajes (del día después)*

Sandra Araya ©

Primera Edición-CCE-2022

ISBN: 978-9942-34-----



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión

Dirección de Publicaciones

Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria

Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213

[www.casadelacultura.gob.ec](http://www.casadelacultura.gob.ec)

Quito-Ecuador

Sandra Araya

# Salvajes

(del día después)

EXÓS  
FERA COLECCIÓN  
2022



# Índice

Prólogo	9
Cabeza	13
Hermanas	23
Mater	45
Déjà vu	59
Mamut	69
Un hombre cualquiera	75
Un amor mal resuelto	89
El encargado del paraíso	93
La loca de las flores en el pelo	105
Los ronquidos de una pequeña ballena azul	113



## Prólogo

Una escisión deambula en el *ethos* de las sociedades. El horizonte se fragmenta, sin que importen las matrices en las que se edificaron sus cimientos. Esta instantánea del presente resulta atrapada por la prosa breve y precisa de Sandra Araya. La inquietud reverbera en las entrañas de los seres anodinos que se escabullen por las colinas de una realidad distópica, en vista del derrumbe de los sistemas de organización política, sanitaria y espiritual.

*Salvajes (del día después)* —en diez cuentos— plantea un ejercicio narrativo sobre los demonios contemporáneos. Sus páginas vierten el jaeo existencial de la *krisis*, mediante una economía del lenguaje que rehúye el artificio. Hay una separación a los límites del individuo, cuyo género se diluye en la androginia y la depauperación, en sintonía con el *body horror* cinematográfico de David Cronenberg, la narrativa gótica de Mary Shelley y el teatro del absurdo de Samuel Beckett.

La fascinación de Araya por el lenguaje se expresa a partir de aliteraciones y podas gramaticales, hasta conseguir un resultado límpido que recuerda a la prosa japonesa. Además, existe una conexión temática hacia la literatura fantástica de autores como Mario Levrero y Elena Garro, pero desde una deconstrucción obsesiva y audiovisual, en tanto transita por el reino etéreo del hiperespacio y el *streaming*.

El escenario de *Salvajes* deposita al lector en un mundo anómalo. Bien podría ser hacia una degradación posapocalíptica o una pesadilla. Hay una cabeza sin cuerpo, *co-gito ergo sum*, en medio del humo de las barricadas de un perenne estallido social. Un grupo de hermanas obligadas a la relación incestuosa y el canibalismo velado. El hijo hipotético surgido de la paranoia de la cuarentena, en una casa familiar regida por mujeres. La inercia propiciada por la falta de estímulos naturales. El estupor de una periodista que termina encerrada en un subterráneo prehistórico. Una viuda que persigue a una sombra con un cuchillo. El fuego homérico de eros calcinando una ciudad andina. Una mujer asalariada poseída por la lascivia de una villa campestre. El suicidio alcohólico de una joven bisexual. Y el asesinato bíblico de un acosador.

La lectura de este libro es un ejercicio de rabia que —a manera de catarsis— sirve de ceremonia para sanear el acabamiento de los espacios vitales. A pesar de la transparencia de su prosa, es una inmersión en la angustia, donde triunfan los monstruos de la razón y brotan las anomalías sensoriales. Al unísono, es una carcajada contra la fragilidad y el destino, delineada mediante el amuleto de la buena literatura.

FONDO EDITORIAL CCE

Aquí hay un hombre dormido sobre un barco en un parque. El tío Pepe se acerca. Se sienta junto al hombre y abre un diario.

Se inclina y lee en el oído del hombre, un susurro espeso,  
viscoso.

—*No hay supervivientes.* —El hombre se sacude, inquieto—. *Muerto en el acto.* —El hombre sacude la cabeza y abre los ojos.

Mira al tío Pepe con sospecha;  
el tío tiene las dos manos sobre el diario. Se pone de pie y se toca los bolsillos. Se aleja. Y hay un joven que duerme en un parquecito. El tío Pepe deja caer una moneda junto a la cabeza del chico. Se inclina para levantarla y susurra:

—... *un joven muerto.*

Algunas veces, los vecinos lo espantan para alejarlo de alguien que duerme y él se aleja rengueando como un viejo buitre que muestra los dientes amarillos en una mueca desesperada. Ahora huele el rastro de un vómito de borracho y ahí está el muñeco desparramado contra una pared, los pantalones manchados de orina. Inclinado como para ayudarlo a levantarse, el tío Pepe le susurra en los dos oídos una y otra vez:

—... *accidente horrible...* —Se pone de pie y chilla en una voz aguda de falsete—: *EMASCULADO EMASCULADO EMASCULADO* —y le da tres patadas no muy fuertes al hombre entre las piernas.

Encuentra a una vieja borracha que duerme en una pila de harapos y le pone una mano sobre la boca y la nariz mientras susurra:

—... *vieja borracha asfixiada.*

Otro borracho duerme en peligrosa proximidad a un fuego que alguien encendió con ramitas.

El tío Pepe deja caer una colilla encendida en la mano tendida del hombre, se agacha y susurra:

—... *cuero carbonizado... cuerpo carbonizado... cuerpo carbonizado...* —Tira hacia atrás la cabeza y canta a las ramitas secas, los cardos, el viento—: *cuero carbonizado... cuerpo carbonizado... cuerpo carbonizado...*

Levanta la vista hacia Esperanza con una sonrisa horrible.

—¡Ah! El primo del campo se levanta temprano —dice ella mientras él tararea una cancioncita.

—*Resbalando sobre un pedazo de jabón, se precipitó desde un balcón.*

*Los chicos salvajes*, William Burroughs



## Cabeza

*Look, mummy, there's an aeroplane up in the sky.*

*Ooh*

*Did you see the frightened ones?*

*Did you hear the falling bombs?*

*Did you ever wonder why we had to run for shelter when the*

*Promise of a brave new world unfurled beneath a clear blue*

*Sky?*

*Goodbye, Blue Sky, Pink Floyd*

**E**ra el día siguiente del levantamiento.

Sí, estaba seguro de que ya había pasado una jornada completa desde que la gente salió a la calle para exigir la renuncia del gobierno. Y no, no podía haber pasado más de un día, pero definitivamente no era el mismo en que sucedió todo.

Lo sabía, sí, porque, aun sin abrir los ojos, notaba sobre los párpados una luz blanca que no era la del mediodía ni la del atardecer. Era la luz blanca de la mañana, a veces demasiado limpia, demasiado clara, la luz que se merecía una ciudad asentada en el páramo.

Además, el silencio de la calle era el de cualquier domingo en la mañana, temprano. El día anterior había

sido sábado, un día en el que nadie pudo tomar como excusa el trabajo o los hijos para negarse a protestar. Desde temprano se habían reunido muchos en parques, incluso algunos durmieron ahí. La idea era que, luego de marchar toda la mañana, para el mediodía el gobierno hubiese abandonado el Palacio y para la tarde se hubiera instaurado ya un nuevo orden acorde a las peticiones del pueblo. En la noche, ese mismo pueblo podría celebrar su conquista. Y al día siguiente, como era lógico, seguro que los celebrantes dormirían la mona, los más moderados se quedarían en casa a esperar noticias y los curiosos saldrían a las calles a tomar fotos de los adoquines desprendidos de las calzadas y veredas destrozadas y que en realidad lucían en malas condiciones todos los días, como una dentadura a la que le faltan piezas por la vejez y la desidia, pero cuya decrepitud solo salta a la vista cuando se nos ocurre sonreír. La exhibición de una sonrisa feroz.

Fue entonces que sí abrió los ojos, cuando pensó en esos curiosos que saldrían a explorar la ciudad del día después. Lo encontrarían. La encontrarían, mejor dicho. ¿Lo o la?, se preguntó. Seguía siendo él quien pensaba. Ahí, el verbo era clave. Pensar. Se piensa con la cabeza, ¿no? Y si se atenía a lo de «Pienso, luego existo», pues él seguía existiendo. Seguía siendo él, aunque de su cuerpo no quedara sino su cabeza. Él era una cabeza, nada más, con conciencia y capacidad de pensar, recordar y considerarse aún una persona.

Ser solo una cabeza, por supuesto, presentaba sus limitantes.

Se había dado cuenta de su situación durante la noche anterior, cuando despertó, a oscuras, en la calle, y trató de moverse. No es que sintiera que su cuerpo no le respondía. No sentía un cuerpo siquiera. Trató de gemir,

de llamar a alguien. No pudo. Intentó gritar, entonces, y tampoco pudo. Algo le faltaba: el aire pasaba a través de su garganta como un ventarrón interno. Es decir, si respiraba por la nariz o por la boca, sentía que ese aire iba a dar de nuevo al aire. No llenaba pulmones algunos, no pasaba por ninguna tráquea. No alimentaba la sangre que iba a ningún corazón. Sintió un terror enorme, se enfrentó a su condición atroz. Entonces, razonó: el miedo, la angustia, no eran sentimientos. Eran ideas. El miedo, como se había creído erróneamente, no se alojaba en el corazón de los hombres sino en su cabeza. Y vaya a saber en qué parte del cuerpo escondían las mujeres sus sentimientos.

Él, por su parte, sentía frío en el borde del cuello, donde la sangre ya se había secado y formaba una costra casi modelada como la base de un busto conmemorativo. No necesitaba, pues, una comprobación visual de su condición. Sensaciones tenía, en el cuello, en la lengua, que comenzaba a ponersele pastosa. Era el resto del cuerpo que no existía para las terminaciones nerviosas que llevaban la información a su cerebro. Del cuello para abajo, no había nada, así que no había nada que sentir.

Apretó los ojos. Eso sí lo sintió. Escuchó a lo lejos aún la barahúnda de la gente, cantos ahogados, algunos tiros, gritos. Pudo oler el humo, el de las llantas quemadas, y quizás también, por ahí, alguien quemaba cuerpos a la intemperie. Olía a carne chamuscada. En algún momento, incluso, vio el humo. Lo vio empañar el cielo de la noche. No alcanzó a llorar por el efecto de ese mismo humo, eso quería decir que estaba en alguna vereda, tendido. Tendida. Su cabeza estaría en una vereda cualquiera, quizás en el peldaño de alguna escalinata frente a un local comercial que había cerrado por las bullas, porque

si hubiera estado afuera de una casa, alguien lo habría visto ya. La. Alguien habría notado que una cabeza sin cuerpo se encontraba ahí afuera. Con los ojos abiertos. Intentando hablar.

En la noche, luego de elaborar todos aquellos razonamientos, cerró los ojos y se dijo que aquello era una pesadilla. Su mente concluyó aquello. Se dijo que, si se quedaba dormido, cuando despertara se encontraría en algún hospital; quizás, ¡sueño casi imposible pero el más deseado!, en la cama de su exesposa, escuchando, al recobrar la conciencia, los pasos de su hijo, la voz de su hijo; quizás podría despertar, con suerte, en esa misma vereda de la que sentía el olor, muy cercano, el olor a aceite, a mugre, a caca, a polvo, a los subterráneos de la vida. Despertaría en la calle, sí, pero completo. Herido, pero completo. Abandonado, pero vivo. ¿Estaba muerto, entonces? ¿Recuerdan algo los muertos?

Alguna vez se había quedado también dormido al sereno. Hacía mucho. Había despertado, lo recordaba entre risas con sus amigos, con los pies metidos en la laguna del parque central de la ciudad, así de intensa había sido la borrachera. Alguna que otra vez también se había amanecido bebiendo en alguna plaza, conversando con cualquier aparición. No sería la primera noche que se quedaba solo bajo el cielo. Todo pasaría. Esto solo era una pesadilla, se repitió mentalmente, pensó. Y pensar era el verbo clave.

Pero al día siguiente, cuando sintió la luz del sol en los párpados cerrados, cuando pudo percibir exactamente los rumores de la ciudad en una mañana todavía dormida, supo que lo que había asumido la noche anterior era lo correcto. Hasta sentía dolor en la garganta por el esfuerzo que había hecho por hablar, por gritar. Intentó

hacerlo nuevamente. Nada. A qué podían estar aferradas sus cuerdas vocales si su existencia terminaba en ese cuello cercenado.

Si abrió los ojos violentamente no fue para asegurarse, entonces, de que aquello era un sueño. Más bien, temió la reacción de aquel que lo encontrara. La. Le, en tal caso. Se imaginó a alguna mujer de edad que se levantaba a barrer su vereda temprano en la mañana, aunque el mundo se cayera a pedazos; se imaginaba a algún anciano que pasaría por esa acera en su camino para comprar pan y, ¡puff!, se tropezaría con una cabeza. Una cabeza sin cuerpo. Una cabeza que una vez fue un hombre completo.

Se preguntó dónde estaría exactamente. Intentó pensar. Porque ese era el verbo clave. Si el suceso en el que su cuerpo se había separado de su cabeza había acontecido cerca de donde él se recordaba por última vez, entonces él-ella estaría cerca del Centro Histórico, cerca del Palacio, o a sus alrededores. Pero no, no podía estar a los pies del Palacio. Ya alguien lo habría encontrado, eran calles transitadas esas. La. Además, lo que alcanzaba a ver era el alero de una casa, vieja, antigua como las del centro, pero en el perímetro cercano al Palacio no había casas sino construcciones modernas, funcionales, que rivalizaban con el aspecto solemne y afectado, pomposo, de la sede del gobierno. ¿Y qué era lo último que recordaba? Luz. Una luz intensa, pero no como esta, de la mañana, sino una luz artificial, pues a la hora que el grueso de la manifestación llegó a Palacio ya estaba oscureciendo. Fue una luz muy brillante lo que vio por última vez antes de despertar en esa vereda. ¿Le habían disparado y alcanzó a ver el fogonazo? Lo más lógico, pensó, y el verbo en esta situación era clave, es que lo hubiese alcanzado una explosión y de ahí que su cuerpo se hubiera partido en pedazos.

Pero si aquello era lo que había sucedido, muchos más habrían sido alcanzados, muchos más habrían sido desmembrados, habrían salido volando en todas direcciones sus cuerpos y partes de sus cuerpos. Habrían muerto muchos más.

Entonces, ¿él estaba muerto? De nuevo esa pregunta.

Jamás había escuchado que una cabeza pudiera seguir viviendo sin su cuerpo. Pero ahí estaba él, pensando en la situación. Y pensar era el verbo clave. Así que vivo debía estar. Viva, porque era solo una cabeza.

Tal vez no era él la única cabeza consciente que había quedado abandonada en un rincón de la ciudad. La idea le causó gracia: calles pobladas, aquí y allá, por cabezas vivas que movían los ojos de un lado a otro, buscando sus cuerpos, intentando hablar, haciendo muecas con la boca, en medio de una grotesca película de horror más terrible por muda.

Se rio. A secas. En silencio. Más que un gruñido, lo que salió de su boca fue una bocanada de aire silente. Cerró la boca de golpe entonces. Claro que ese gazapo no era su risa, la risa que siempre tuvo, la de un hombre con la voz gruesa.

Sintió, en su cara, algo húmedo. Estaba llorando. Se dijo que le lagrimeaban los ojos al sol. Como se había dicho eso muchas veces en la vida.

¿Dónde estaba?, volvió a preguntarse. Y aunque sabía que esa pregunta era por demás absurda, porque qué podía importar dónde estuviera, dónde estuviera, además, el resto de su cuerpo, localizarse en un sitio le habría ayudado a pensar en qué hacer a continuación. Y pensar era clave en ese momento.

Del sitio donde yacía dependería el tipo de gente que lo iba a encontrar.

Así que prefirió pensar que no estaba en el Centro, junto a otros muertos conscientes, a otras cabezas abandonadas. No quería que lo encontrara algún policía que ni siquiera anotaría el hallazgo. O que borraría el suceso. Tampoco le hubiese gustado que fuese algún indigente de los muchos que dormían en los zaguanes de las casas patrimoniales que aparecían en las postales turísticas de la ciudad. Sintió verdadero horror de pensar que podía encontrarlo —encontrarla— un niño. Un niño como su hijo, tal vez, de la misma edad. No hubiera podido soportar ver la repugnancia y el rechazo en los ojos de un niño. El miedo en los ojos de un niño. Un niño como su hijo.

Si tenía que estar en un sitio, se imaginó —porque la imaginación es parte del pensamiento— en una vereda de un parque que estaba cerca del Centro, un parque pequeño en el que se habían tomado fotos hacía mucho tiempo él, el niño y la exesposa. ¿Por qué ese sitio y no otro?

El azul del cielo era el mismo.

Quería sentir lo mismo que ese día. Quizás lo lograría, aunque ya no estuviera unido anatómicamente a su corazón.

Habían recorrido los tres el centro, visitaron un museo, almorzaron en un sitio que habían descubierto en otra salida, luego caminaron por veredas angostas, a veces en fila india, esquivando el sol, buscando el sol cuando se enfriaban mucho bajo la sombra, y llegaron al parque para tomarse fotos, porque la luz era perfecta, el cielo estaba nítido, un grupo de turistas desembarcaba ruidosamente frente a la iglesia gótica de la ciudad. Había ruido. Había sol. La gente, de cierta forma, se veía conforme con su vida y ellos tres, de alguna manera innominada, ridícula, secreta, en la mente de cada uno, eran felices.

Luego todo se había terminado, en una mañana violenta. Y la mujer, cuando él ya se había ido, le envió una de las fotografías que habían tomado ese día. Le dijo: «Esto fue lo que echaste al bote de la basura». Aparecían los tres en la imagen, las caras brillantes de calor, el cielo atrás era azul.

Y esa era la misma bóveda que veía ahora, sin posibilidad de mirar nada más.

De cierta forma, pensó —el verbo seguía siendo clave ahí, en ese estado y en ese momento—, si se hubiese ocupado del color del cielo, de lo inmediato, sin mirar hacia otros lados, ese día, esa sensación de felicidad, ese amago, ilusión, lo que fuera, no se habría terminado. Podrían haber estirado el cariño. Podrían haber caminado en fila india por otras veredas, o de la mano, uno a cada lado del niño. El cielo azul habría sido eso, un acompañante y no un recuerdo como el de ahora. Un recuerdo que comenzaba a tornarse borroso.

Mientras las sensaciones inmediatas y las visiones de su entorno iban desdibujándose, trató de aferrarse a esa mañana remota. No a su condición actual. Se dejó ir hacia atrás. Escuchó entonces el eco de la voz de su hijo, señalándoles a él y a su madre que había un avión negro cortando el cielo. Como una mosca en un tumbado de fantasía hecho a la medida de alegrías pequeñas y sencillas. Ellos habían levantado la vista y efectivamente localizaron el punto negro y móvil que contrastaba con el paisaje. Y supieron, por el sonido, que era un avión militar. Pero sin preocuparse de más, se miraron, volvieron a su vida. La de entonces. No sabían, no podían saber. Sabrían, eso sí, en los meses siguientes, que poco a poco el gobierno militarizaba el cielo, las tierras, los territorios. De ahí que la gente hubiese salido a la calle a protestar.